

María Paula Mones Ruiz

El pozo de la esencia

Luna



Esta mañana me vestí con los colores de tu cuerpo.

Quería llevarte también en mi ropa.

Comencé mi camino diario y por primera vez, sin melodías.

Sola...

Quería escuchar el gris, nuestro silencio.

Desentonaban a mi alrededor, los rojos y los verdes;

hasta el techo de los taxis dañaba mis ojos,

mis ojos secos...

Sólo el pavimento y

algunos edificios viejos,

formaban mi pequeño escenario, donde

vos y yo no podíamos separarnos

y coloreábamos el resto.

Ahora, el bueno del tiempo llora por mí

y los blancos y los grises y los negros

se amalgaman y te nombro. ¡Luna!

y el cielo se aclara y brilla... gris...

Te pierdo.

Pero tengo mis manos y mis manos te tienen.

¡Cuántas veces con tus ojos lamiste mis manos!

¡Cuántas veces mis manos miraron tu tiempo!

Sé que te llevas una parte de mí.

Sé que en mí te quedas...blanca...negra...gris...

Plateada... Luna.

Silencio.

Abril.



Espacio



¡Qué extraño parece el espacio sin tu espacio!

Solo sirve mirarlo y no poder creer
lo extraño que parece,
un espacio vacío sin estarlo.

Aún pervive en él tu mirada curiosa,
tu inquietud sin pasos,
feliz, melancólica...

Tuyo porque era mío, mío porque era tuyo,
ese espacio tuvo y tiene
dos espíritus...

Estoy ahí, estás aquí, te miro y
podría decirte que te extraño hasta por instinto,
que sólo mi mano siente el aire cálido,
que sólo el aire cálido ocupa tu espacio
ahora sólo... mío...
sin tus cosas.

He logrado apenas una síntesis del ánimo
en este gran espacio que abarca tu imagen, donde
yo descanso...feliz, melancólica...

contigo...

con mis cosas.

Algo más

Durante el tiempo que dura en el espíritu un duelo, los seres humanos solemos recurrir al arma del recuerdo. Disparamos y la mente busca un centro, un escenario. Allí, muy dentro de nosotros, observamos cómo el protagonista a modo de jardinero va sembrando las escenas y los disparos se suceden uno tras otro como si cada uno marcara el fruto resultante o el capítulo siguiente.

No resulta fácil dominar el arma cuando el dolor dirige la siembra y los disparos. El resultado es una fusión confusa entre los frutos de felicidad y de tormento.

Luego sucede un sentimiento de rara paz y secreta expectativa que aún con vestigios de herida, nos anticipa un sentir más pleno: la herencia que esa pérdida dejó en nuestro ser.

Así, la felicidad, la angustia, la calidez, la soledad y la comprensión crecen aún más y hasta pueden

llegar a sorprendernos, pues habiendo sospechado que todo lo sentido en nuestra vida tenía un nombre en nuestra piel, descubrimos que un mismo sentimiento puede multiplicarse y expandirse sin previo aviso.

Hoy y ya sin medir cuánto tiempo lleva esta ausencia, respiro y la sensación al exhalar es que reparto entre mi entorno, esté donde esté, las dosis de abrigo y comprensión que, como herencia, alguien ha dejado en mí.

Alguien que sin ser humano, me enseñó a escarbar el pozo de la esencia en un espacio que hoy encuentro en todas partes, desde que sus ojos lamieron mis manos, desde que mis manos miraron su tiempo.